

interminable. El danzarín que se cansa, puede salirse cuando gusta, y cualquiera transeunte aficionado que quiera tomar parte en la diversion se cuele en ella sin dificultad ninguna, de donde resulta que se prolonga hasta muy tarde ese baile por el cual nos ha parecido que los válacos tienen una pasión decidida. Por mucho que sea, no obstante su amor á ese ejercicio, se entregan á él con una dignidad y una decencia muy notables, y hasta las mismas gitanas conservan gran modestia y compostura. Veíanse muchas veces enlazados en la misma rueda cincuenta ó sesenta danzantes de variados y pintorescos trajes; y en toda la estension de la llanura se multiplicaban á lo infinito esas cuadrillas saltando alrededor de la vocinglera orquesta de los gitanos. Errantes largo tiempo por entre la apiñada gente contemplábamos aquellas diversiones sencillas, que conservan algun resto de severidad antigua, y nos íbamos acostumbrando á la atmósfera de ruido, de gritos, de instrumentos y de campanillas; mas debiendo preparar nuestro viaje, nos fuimos á ver con el agente de los buques de vapor, que es simultáneamente el boticario del pueblo. Fué una dicha fiarnos á su amabilidad; pues como nos entendimos hablando italiano, comenzó por vaticinarnos que no saldriamos para Bukharest hasta la siguiente ma-

ñana, porque segun afirmaba, le eran muy notorios la apatía y los poquísimos deseos que el maestro de postas tenia de servir á los extranjeros. Mientras aguardábamos y viéndonos amenazados de no comer por falta de lugar á propósito, acompañónos el boticario á casa del proveedor de la cuarentena, en donde hallamos una comida casi turca, y el buen farmacéutico que habia almacenado nuestro equipaje, nos ofreció para nuestras personas la misma hospitalidad, cuya costa hicieron algunas haces de heno.

“No puede pedir caballos de posta en Valaquia, ni mas ni menos que en Rusia, sino el que trae un permiso concedido por la primera autoridad local, y hasta haber satisfecho todo el precio del trayecto de un pueblo á otro, no se alcanza ese permiso, llamado podorojnaia, que se presenta al maestro de postas en cada parada del camino. Hecho esto el viajero no tiene que pagar sino las agujetas á los postillones. Proporcionarse dicho permiso en semejante dia era cosa difícil, porque la fiesta absorbía la atención general: el comandante de la plaza habia de llenar los solemnes deberes de su empleo, y los lugartenientes, sin duda por un contraste con los regocijos del dia, estaban por la noche de malísimo temple. Habia ademas el inconveniente de

que la civilizacion vólaca, desterrando las costumbres turcas, aun no ha espulsado de la ciudad, poco hace musulmana, la incómoda y á veces peligrosa herencia de las bandadas de perros vagabundos que al llegar la noche se apoderan de todas las calles de Giurjevo y hacen la circulacion difícil, en particular para los extranjeros. A despecho de tantos obstáculos, estábamos dispuestos, cuando á media noche el maestro de postas en persona vino, con sus numerosos carusis, á la puerta del boticario.

“Cargados ya nuestros bultos hubimos de renunciar al viaje por la obstinacion del maestro de postas que no queria equipajes. Por este motivo y segun nos lo habian pronosticado, no pudimos emprender la marcha hasta el dia siguiente, en dos grandes carros de labrador, confundidos con las maletas y demas títeres, y no llevando por toda provision mas que dos panes negros.

“Atravesada la puerta de la ciudad, nos hallamos en una pradera, ó mas bien en un vasto agual, en que pastaban grandes rebaños de búfalos, bueyes, caballos y carneros, sin que conociéramos mas sino que íbamos hácia el Norte, pues no habia señal alguna capaz de indicarnos el camino que conduce á la capital. Los que hay al traves de esos desiertos son tan inseguros como el capricho del hom-

bre que los recorre. El espacio es ancho, los carriles abundan, y el labrador escoge á su gusto entre la tierra y la yerba. Detuvímonos por primera vez cerca de un pozo en el fondo de un valle. Los pozos son en Valaquia muy comunes, y todos están invariablemente contruidos del mismo modo: un tronco de árbol vaciado guarnece su interior y evita el hundimiento de las paredes: el número y el tamaño de esos tubos empleados con dicho objeto, dan una magnífica idea de la vegetacion que hay en las montañas de donde los traen. El agua se saca por medio de una larga viga que sirve de palanca, y un cubo de encina hecho de una sola pieza.

“Al paso que se aleja uno de Giurjevo, el pais se presenta menos desnudo y comienzan á cubrir el suelo algunos grupos de árboles jóvenes. El pobre labriego vólaco, batido como una fiera, vió durante tantos años asolados sus campos, y robadas sus cosechas por los turcos, que no es difícil comprender cuánto temia la vecindad de sus tiranos; y por esto dejó un desierto de diez leguas entre el Danubio y sus primeras casas de campo, como un espacio abandonado á las correrías de sus saqueadores, terreno maldito, por el cual todos los años se deramaban las hordas salidas de Giurjevo, á fin de destruir todo establecimiento nuevo, y lanzar hácia

las montañas á los muy atemorizados labradores. “Habíamos de atravesar tres ó cuatro rios cenagosos, y en cada uno de esos trances bendecíamos la caprichosa negativa del maestro de postas, pues si tomamos aquellos vehículos tan bajos y frágiles, nuestros equipajes se sumergen y era muy fácil que nosotros hubiéramos volcado en esos peligrosos vados. Muchas veces se hundían los caballos, arrastrando nuestros macizos carros, y en tales lances los gritos de los postillones eran aullidos verdaderos. A lo mejor se paraba todo, porque los caballos no tenían fuerza, ni voz los postillones; hasta que despues de increíbles esfuerzos, arrancada por fin del abismo la pesada mole, salía lentamente del rio, dejando una estela de agua negra y de líquido fango.

“Despues de haber pasado por algunos pobres villorios, cuyas ruines chozas indican la mas triste miseria, hallamos un pueblo en donde vimos con gusto algunas casas bien construidas. Delante de una taberna de grandes dimensiones, hay un monasterio, sobre cuya puerta se alza una torre, y las paredes de ambos edificios han sido decoradas por un Rafael ambulante, que ha representado allí asuntos estrañamente variados, y cuya muchedumbre atestigua por lo menos, una fecundidad prodi-

giosa. Ese pintor, atrevido si los hay, se propuso representar en esas bellas paredes blanqueadas, toda la escala de los séres, empezando por las principales especies del reino animal, sin olvidar siquiera el kanguroo de la Australia, el cual nunca habria aspirado á honor tan grande; y al llegar á la especie humana, género *homo*, se divirtió en presentar la obra maestra de la creacion en sus mas triunfantes actitudes: allí hay bellos caballeros y hermosas señoras, magníficos bajaes con barba negra y puntiaguda, imponentes boyardos con sus gigantescos kalpaks: y por fin, soldados válacos de grande uniforme, y todo ello coronado de verdura, circuido de guirnaldas y guarnecido de árboles fantásticos.

“Debajo de las paredes del convento habia un juego de báscula, con una rueda tan peligrosa, que amenazaba lanzar al espacio al jugador que se bambolease en su cima, como sucede todos los años, causando accidentes muy graves, á pesar de lo cual los válacos tienen marcada predileccion por esa clase de ejercicio. En la grande sala de la taberna, *ilustrada* tambien con los brillantes frescos de un Rembrand válaco, un gitano acompañaba con el violin á un muchacho, cuya voz tan afinada como penetrante, hacia resonar un canto lento y solem-

ne. A juzgar por la espresion de la música, y por la actitud grave y conmovida del numeroso auditorio, aquel canto compuesto de dos frases sencillas y patéticas, debia ser una de esas melancólicas quejumbres, en las cuales todos los pueblos primitivos han trasmitido sus tradiciones y relatado sus victorias ó sus desgracias. Los válacos descendientes de Roma, y por tanto tiempo ajados, deben conservar alguno de esos cantos que consuelan en la servidumbre y son los postreros ecos de mas venturoso destino. Tales fueron los afectos que experimentamos escuchando ese sencillo aire que cantaba el pobre gitanillo.

“Al salir de ese pueblo llamado *Dérestie*, atravesamos un puente de barcas y sobrevino al momento la oscuridad, de modo, que llegamos á Bukharest muy entrada la noche; porque los caballos, fatigados de una carrera de veinte leguas, habian ido amainando el paso, y los postillones de todo punto desgañitados, renunciaban á su atronadora gritería. Conducidos de pronto á un Kan ó parador de repugnante aspecto, y auxiliados por algunos judíos, hombres de muy buena voluntad, si esto es posible, encontramos las huellas de la espedicion llegada el dia antes. Finalmente, despues de mil trabajos y merced á la prevision de nuestros delanteros y á la

galantería de un capitan enviado por el Hospodar, nos hallamos á media noche instalados en casa de un italiano, en donde cada uno de nosotros pudo saborear las delicias de una cama de tablas montada sobre caballetes.”

El dia 13 de Julio estábamos todos reunidos en la capital de Valaquia, y no teniamos mas dificultad que la eleccion en el modo de emplear el tiempo útil y agradablemente. Lo primero que debe hacerse en Bukharest es procurarse un carruaje, porque la estension de la ciudad lo exige y la moda mas imperiosa todavía lo manda; de suerte, que ninguna persona de importancia puede presentarse á pié por las calles. El uso de carruaje y el de capa, que se lleva siempre á fin de ponerse á cubierto del polvo, no son por cierto muy cómodos para el viajero deseoso de verlo y observarlo todo. Cada uno por su lado se echó á recorrer aquella grande ciudad, cuyas populosas calles están guarnecidas de tiendas, en las cuales la actividad ocupa el lugar del lujo. Hay un cuartel completamente ocupado por tiendas de manguitería y talleres de sastre. Las calles de desigual anchura, están mal alineadas, tienen empedrado infame, y algunas carecen de él absolutamente. La mayor parte de las casas son barracas de madera apolillada, entre las cuales hay

edificios cuyos constructores pensaron acreditarse de grandes arquitectos. Por desgracia la frágil naturaleza de los materiales usados en el país, no resiste al clima, y las mas bellas casas de Bukharest están muy maltratadas por de fuera, á pesar del lujo de florones y otros adornos. Lo que mas admira en esa capital es, la variedad de trajes y de rostros, cuyos diferentes tipos presenta á cada instante esa poblacion numerosa. Todo el pueblo recorre las calles con aire mas listo y atareado de lo que en rigor debe esperarse de las costumbres de la clase inferior que no han dejado de ser orientales. Los artesanos de Bukharest, y los hombres dedicados á faenas penosas, como los mozos de cuerda, no rehuyen el trabajo; pero lo que mas movimiento dá á esa ciudad, es el grande número de judíos habitantes en la misma. Activos, incapaces de desalentarse y diestros en insinuarse, esparcen en torno suyo el movimiento y la vida; porque no hay diligencia ni fatiga que los arredre cuando pueden granjear la mas mínima ganancia. Así es, que apenas veais el sombrero de anchas alas, y el negro y raido ropaje de un judío, decid que está á vuestras órdenes, si os conviene, un criado mañoso, inteligente é infatigable, á quien no inmutan la cólera, ni el desprecio; y podeis dirigiros abiertamente á

ese hombre para cuanto os ocurra: contesta en alemán, en italiano, quizás en cuatro lenguas; y por algunas monedas, en quedándose desocupado, su industria, su flexibilidad, su paciencia, su silencio, su elocuencia, sus virtudes, sus vicios, todo es vuestro.

Y si por un encargo momentáneo, si por una ocurrencia pasajera os habeis servido una vez no mas del israelita, no es cosa fácil desprenderos de él, sino que en adelante es vuestro, ó por mejor decir, vos sois suyo: ya no os abandona, os sigue por la calle á veinte pasos de distancia, y desde allí adivina lo que necesitais. Se sienta en el umbral de la puerta por la cual os habeis metido, y á la salida os encontrais con sus miradas delicadamente respetuosas que solicitan un mandato. Duerme á lo último de vuestra escalera, debajo de vuestro coche, se convierte en criado de vuestra servidumbre, saluda por la calle á vuestro perro; está allí, y siempre allí; y por mas que le hayais rechazado con duros remoquetes, insiste en su empeño é insiste siempre. Lo alejasteis de vuestra persona, y sin embargo, llega un dia, un momento, un capricho en que os vendria muy á tiempo el judío; y apenas os ha ocurrido la idea, cuando se aparece cual llovido del cielo, se presenta enroscado en su humildad, y en

esa postura de judío que ni es estar en pié ni prosternado, con el aire sumiso y el oído atento. Ese es el instante de su triunfo, esa es la hora que muchas veces ha comprado con cuarenta y ocho de vigilancia, de humillaciones, de fatigas. Apenas habeis hablado cuando ya sois obedecido, y obedecido con puntualidad, finura y respeto; y cuando despues de tanto esmero y de abnegacion tanta, el pobre sílfio barbudo y andrajoso recibe su idolatrada recompensa, representada por esa moneda que ha seguido y llamado, y cuyo sirviente ha sido durante dos dias, echais de ver en su agradecida mirada que os recomienda á la benevolencia de Abraham y de Isaac, y que está dispuesto á sufrir otro tanto por el mismo precio.

Algunas visitas interesantes y hechas en comun, se nos llevaron todo el dia. Vimos el museo de Bukharest, especialmente consagrado á la historia natural, y que se irá engrandeciendo á medida que crezcan las colecciones apenas comenzadas. En el mismo local está fundada la biblioteca pública, que tiene cerca de siete mil volúmenes, y este núcleo pequeño espera un aumento en que las ciencias, y sobre todo la historia, merecen ser mas dignamente representadas. Al salir de esos interesantes establecimientos tan prósperos, si se atiende al poco

tiempo trascurrido desde la regeneracion del principado, he tenido gran gusto depositando en la coleccion mineralógica una muestra de nuestra platina de Siberia, que confio se conservará allí como un recuerdo del obsequioso recibimiento con que nos han distinguido. Desde allí hemos pasado al colegio, á cuyo favor previenen desde luego los cómodos y espaciosos cuartos, y los jóvenes educandos que visten un gracioso uniforme.

En un pais de tan poca estension como la Valaquia, los cargos públicos confiados en adelante á los mas capaces, serán objeto de una competencia muy provechosa á los progresos de la educacion de la juventud. El príncipe Alejandro Ghika tiene el bello proyecto de procurar al pais un plantel de jóvenes ilustrados y capaces de rivalizar con los de otros paises de Europa. Si se considera el punto de partida de esas desdichadas provincias turcas, lo que han hecho y lo que alcanzarán muy luego, es imposible no dar gracias al hombre que arrojó en esos principados los mas nobles gérmenes de la civilizacion, esto es, al general Kisseleff, uno de esos raros varones de genio creador, y cuya bondad previsora sabe vaticinar el porvenir. Tampoco puede negarse que los planes de aquel general han sido legados á dignos sucesores suyos, y que la juventud váluca

se manifiesta muy apta para sacar provecho de ellos.

A propósito de esto, permítasenos decir con cuánto pesar hemos visto viajeros recibidos cual nosotros con aquella amable hospitalidad que se entrega tan candorosamente al extranjero, á quien acompaña y agasaja, escribir á su vuelta relatos severos y que prueban un absoluto olvido de las suaves y finas costumbres de sus huéspedes. En nuestro sentir, esos viajeros que como nosotros, lo han visto todo en Bukharest, se muestran harto afectados por las llagas cuyas cicatrices dejó el antiguo estado social en la sociedad presente. Si en el primer abandono de conversaciones prematuramente íntimas han adivinado nuestros predecesores esas llagas, ¿de qué aprovecha revelarlas á la Europa que no pedirá cuenta á los principados de su actitud perezosa, bajo el régimen de adormecimiento moral que felizmente han sacudido, sino de la manera como han aprovechado esos pocos años de rehabilitación, cuyo influjo regenerador ya experimentan? Bajo este punto de vista, es justo y muy justo decir que ninguna sociedad europea ha sido tan activa en abrirse paso hácia el bien al través de todos los obstáculos con que estaba embarazado su antiguo camino; de lo cual pudieran citarse como ejem-

plo varias mejoras importantes hechas ya en los hábitos y en la vida de esas provincias. Los narradores tan poco indulgentes, que han pagado la hospitalidad de Bukharest con la moneda de un ingenioso sarcasmo, no negarán, á fuer de conocedores de la historia, que hay naciones cuya vida cuenta cincuenta años de regeneración política y moral, y sin embargo, no son mas ricas en principios.

Acabada esta digresión, volvamos á nuestras visitas. El Dr. Mayer, médico alemán, hombre inteligente y sobre todo de mucho mundo, nos ha acompañado al hospital militar que dirige. Este establecimiento, puesto en un local que no se construyó para semejante objeto, deja mucho que desear con respecto á su salubridad y al sitio en que se encuentra. En las salas hay falta de aire. Los enfermos eran muchos, porque las calenturas, comunes en aquel país, se enconan en diversas épocas del año, aunque se han disminuido notablemente, merced á las precauciones higiénicas introducidas en el régimen del soldado. El grande hospital de Panteleimon, inmediato á la ciudad, nos pareció mucho mas apropiado á las necesidades de su destino. Este establecimiento, cuya fundación se debe á suscripciones filantrópicas, presenta una serie de salas espaciosas en donde penetran con libertad el aire